

ERNESTO LEMOINE VICENTE GUERRERO Y LA CONSUMACION DE LA INDEPENDENCIA*

El obstáculo principal que ha impedido la correcta comprensión del movimiento de independencia de 1821, radica en el hecho de querer medirlo con una regla que no le corresponde: el ideario de 1810; y en el de presuponer, con absoluta falta de lógica, que para la Nueva España de principios del siglo XIX, sólo podía existir una forma única de emancipación política: la iniciada por Hidalgo, perfeccionada por Morelos y defendida —y abandonada— por Guerrero. En rigor, las opciones independentistas fueron múltiples. Sólo una llegó a la meta; pero el que nos agrade o no —y no nos agrada mucho— cuenta muy poco para discernir sobre su verdadero significado histórico. Y cuenta menos todavía el absurdo empeño en querer —y no poder— meter el año 21 en el molde del año 10, en indignarse porque el desenlace no coincidiera con las premisas del enlace, y en apostrofar a los trigarantes porque en lugar de enarbolar la insignia de Chilpancingo adoptaron la de Iguala.

Si a lo anterior agregamos la declaratoria oficial sobre cómo ha de interpretarse y conmemorarse la consumación de la independencia, el alud de prejuicios que ha cubierto la crónica de tal suceso, la falta de investigaciones documentales sistemáticas, el engolosinamiento en citar y recitar “anécdotas” y “frases inmortales” —la mayoría de dudosa veracidad— a costa de calar hondo en el tema, el estudiarlo parcelado y no como conjunto, y el juzgarlo desde una perspectiva distorsionada y anacrónica, todo esto ha propiciado que el conocimiento y la explicación del acontecer mexicano de 1820-21 se halle, a la fecha, desde el punto de vista historiográfico, muy próximo al estado de indigencia.

Sin pretender, por supuesto, llenar tan profundo vacío, este trabajo intenta dar una interpretación novedosa, apoyada en fuentes primarias, del verdadero papel desempeñado por Vicente Guerrero en los orígenes políticos del movimiento de 1821.

Pese a la intensa campaña emprendida desde el año de 1833 (a instancias del vicepresidente Gómez Farías) para elaborar y perfeccionar la figura patriótica e inmaculada que hoy es tan familiar a los mexicanos, estamos convencidos de que la posteridad no le ha hecho aún cabal justicia a Guerrero. La tupida red de elogios, frases de recetario, lugares comunes y demás hojarasca de aniversarios ha impedido, en parte, captar su personalidad real y detectar la más interesante de sus facetas —la del hombre político—, en el momento más comprometido de su carrera: el año de 1820. Aunque aquí no vamos a ocuparnos de la socorrida historia de sus negociaciones con Iturbide, sino de la etapa previa que la hizo posible, conviene citar a tres o cuatro autoridades clásicas —la mayoría dentro de la línea de la ortodoxia oficial— para que se vea la pobre imagen que se ha estampado de Guerrero en el instante crucial de Iguala.

Carlos María de Bustamente, por ejemplo, del que tantos pormenores podrían esperarse, menciona las cartas cruzadas entre Guerrero e Iturbide, y con una sola y vaga frase despacha el

resultado final: “Fue consecuencia de esta correspondencia una entrevista con Guerrero.” Y, claro, fija la entrevista en fecha que precede a la promulgación del plan de Iguala, lo que es gravísimo error. Lorenzo de Zavala consagra, por vez primera, el bonito cuento del “abrazo de Acatempan”, que es falso de principio a fin. Luis G. Cuevas, en todo un tomo de su *Porvenir de México*, dedicado íntegramente a Iturbide y al movimiento de 1821, tiene el desplante de no mencionar una sola vez a Guerrero, considerando que no tuvo vela en ese entierro. José María Lafragua, el primer biógrafo serio de don Vicente y, por añadidura, renombrado erudito, apenas tiene la ocurrencia de comentar que “aquella generosa abdicación, aquella voluntaria obediencia, prueban la grandeza de alma de Guerrero, que todo lo olvidaba... ante el servicio de la patria”. Y el colmo, Justo Sierra, en desafortunado pasaje de su *Evolución política*, incluye una perla de este jaez: “Cuando en enero de 1821, Guerrero, el indómito e inmaculado colaborador de Morelos, dio el famoso abrazo de reconciliación a Iturbide, no lo absolvió de la sangre derramada: lo perdonó en nombre de la patria, en virtud del supremo servicio que iba a hacerle: y la patria ha perdonado en el Iturbide de 1821 al Iturbide de 1813.” Por lo tanto, según Sierra, el caudillo insurgente y la patria misma asumieron el papel de perdonavidas. Y ni en eso acertó don Justo, pues la patria todavía no ha perdonado a Iturbide. (Véase *Excelstor*, 10 de septiembre de 1971: “Reconoció la Cámara sólo a Guerrero como consumidor de la Independencia.”)

No; la historia no es tan plana ni tan anodina, ni los protagonistas tan grises, unívocos y simples. Guerrero no fue, en el gran suceso de 1821, el cándido, blando y desprendido figurante que han simulado decenas de escritores. Por el contrario, fue un hábil político, agudo y calculador, consciente de lo que hacía y cómo lo hacía, que se manejó frente a Apodaca e Iturbide con una sagacidad de la que éstos fueron los primeros sorprendidos. Un hombre que pudo capitalizar, hasta donde las posibilidades de su causa se lo permitieron, la excepcional coyuntura en que lo colocó, no Iturbide, sino el clima —el clímax— sociopolítico de los años 20 y 21. Más todavía: como tendremos ocasión de demostrarlo, Guerrero discurrió, con seis meses de antelación a Iguala, el único plan viable que por entonces podía conducir a la independencia, y que fue, precisamente, el que Iturbide encabezó. La idea motriz, la fórmula mágica para “desatar el nudo sin romperlo”, y el procedimiento para ponerla en práctica, todo salió del numen de Guerrero.

Pero antes de explicar el proceso que lleva a Iguala, es necesario recordar algunos antecedentes de Guerrero, que auxilian a entender mejor el cambio que se opera en 1820.

En el padrón del pueblo de Tixtla, intendencia de México (que se conserva en el Archivo General de la Nación), levantado de

* La tesis vertebral de este ensayo fue expuesta por el autor en la Facultad de Filosofía y Letras, el 21 de abril, en la conferencia titulada: “Guerrero, el convidado ineludible de Iguala.” El texto de la misma, ampliado en sus datos y más preciso en sus conclusiones, se publica ahora por primera vez.

orden del virrey Revillagigedo en 1791, ya figura registrado el niño Vicente Guerrero, “de edad de ocho años”; y con él su padre y varios tíos, todos con el dato de una misma ocupación: “arrieros”. Este breve informe estadístico resulta de enorme valor, a nuestro juicio, para reconstruir la figura, física y moral, del Guerrero de la madurez: su personalidad, su educación, su fuerza y su debilidad. Su familia, que no era pobre de solemnidad como tan a menudo se repite, había constituido lo que en términos modernos llamaríamos una “compañía local de transportes”, con domicilio social en el mismo Tixtla, dueña de algunas recuas de mulas que llevaban y traían mercancías por una región más o menos amplia del virreinato: desde el cálido litoral del Pacífico (con Acapulco por centro) hasta, probablemente, los fríos valles de Toluca, México y Puebla. Los hijos, casi sin instrucción escolar, se incorporaban pronto a las labores de los padres; y así el niño Vicente, cercano a la pubertad, se vio destinado a la muy dura, sufrida y movable, pero también fortificante, actividad de la arriería.

La abrupta, complicada y nada idílica geografía del sur —en especial la porción del país que hoy lleva su nombre— condiciona y modela su carácter desde niño, sin variarlo ya sustancialmente hasta su muerte. Cuenca del Balsas, Sierra Madre del Sur, Costa Chica y Costa Grande: ámbito rural y rústico, en gran medida marginado, atrasado e incomunicado, ajeno a la cultura urbana y libresca, con infinidad de resabios prehispánicos en pleno siglo XVIII y en el que la fusión y confusión de razas y temperamentos y la desigualdad abismal de economías (familiares, parroquiales o regionales) engendraban una explosiva problemática social y un adecuado campo de cultivo para todo género de rebeldías y violencias.

En diaria familiaridad con ese mundo saturado de carencias y de pasiones elementales, Guerrero aprendió a entenderlo, a quererlo y, finalmente, a dominarlo. Pero es conveniente precisar, para ulteriores consideraciones, que este medio geográfico, sin ser particularmente reducido, limitó siempre las posibilidades expansivas de Guerrero. Apenas unas cuantas leguas al norte de la ciudad de México, empezaba para él la *terra incognita*. El ambiente urbano, en especial el de la metrópoli, donde se sentía extraño, nunca fue de su agrado (y lo mismo ocurrió, por idénticas razones, con Juan Álvarez y Emiliano Zapata). Su prestigio, primero en el negocio de la arriería y luego como guerrillero insurgente, fue grande, pero dentro de un radio regional. El hombre era y fue toda su vida (incluso en la etapa en que, elevado al rango de figura nacional, llegó a secretario de Estado y a presidente de la República) empecinadamente suriano.

La arriería, practicada durante más de tres lustros, le proporcionó un conocimiento excepcional de la geografía, física y humana, del sur. Cerros, vados, veredas extraviadas, lugares de refugio, posibilidades de subsistencia para casos apurados, sitios de gente



hospitalaria o desconfiada, comarcas peligrosas por las alimañas o las enfermedades endémicas, etcétera: toda esa invaluable lección la memorizó, es casi seguro, antes de 1810. Y también es probable que entonces visualizara la idealidad de tal escenario para una sostenida y eficaz guerra de guerrillas. Frugal, bien plantado, de salud de hierro, con carisma para mandar, resistente a los más impetuosos huracanes —así atmosféricos como humanos—, sencillo en su trato y costumbres pero capaz de imponerse sobre los tipos más conflictivos y, por añadidura, conocedor experto de esa tierra que lo veía desplazarse con la facilidad del pez en el agua, Guerrero, con unas cuantas ideas sociopolíticas básicas en la cabeza —fruto empírico de su convivencia entre los indios, los negros, los mestizos y los mulatos que integraban el noventa por ciento, o más, de las comunidades del sur—, estaba ya listo, en el otoño de 1810, para lanzarse a la lucha. Ahí mismo y en la forma que más parecía ajustarse a sus potencialidades: la guerrilla.

Como se sabe, acudió al llamado del primer jefe rebelde que se lo pidió. A fines de 1810, el cura Morelos hacía recluta de gente decidida y habituada a los rigores del trópico, para tomar el puerto de Acapulco. Guerrero bajó desde Tixtla y se presentó en el cuartel del Veladero, siendo destinado al cuerpo que por esos días organizaba don Hermenegildo Galeana. Tenía entonces —de acuerdo con el padrón de 1791— 27 años. La misma edad de otro

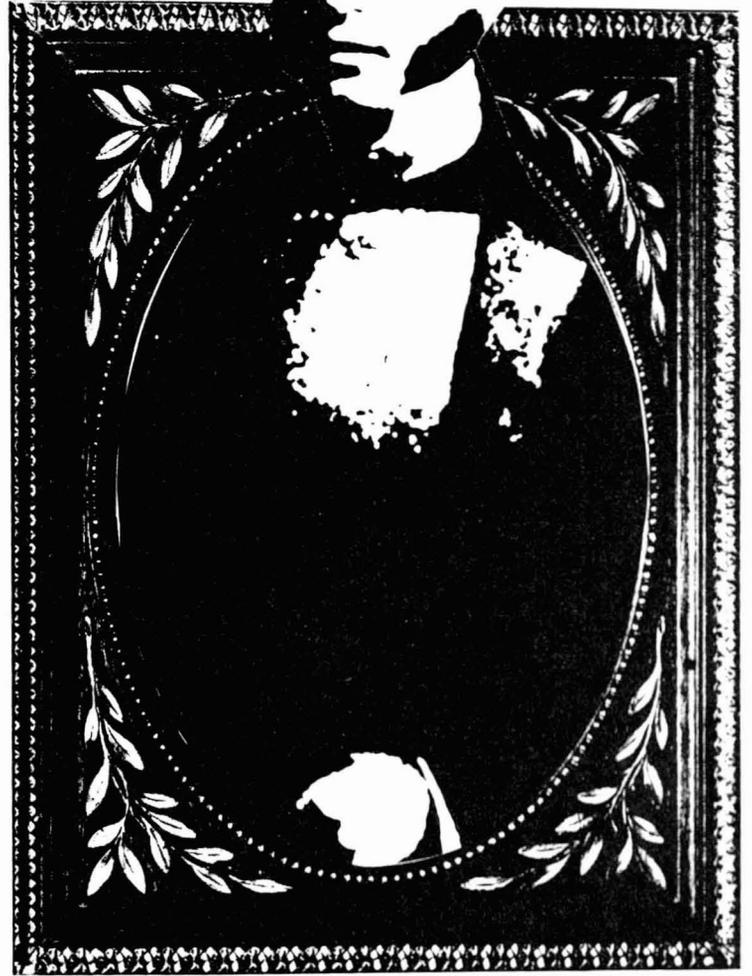
joven, que también acababa de darse de alta, sólo que en el bando contrario, llamado Agustín de Iturbide.

Hasta 1814 el papel de Guerrero fue secundario y poco relevante. Subordinado a otros jefes y siempre respetuoso de las instrucciones de Morelos, no tuvo casi oportunidad de tomar iniciativas ni de ensayar su propia estrategia. Pero cuando sobrevinieron los desastres del invierno de 1813-14 (Valladolid, Puruarán, Tlacotepec), y se evidenció la vulnerabilidad de las campañas frontales y masivas, Morelos mismo aconsejó la táctica de la guerrilla. Era la oportunidad que Guerrero esperaba.

Tanto, que en el curso de los siguientes seis años la historia del conflicto, desde la trinchera insurgente, la escribe fundamentalmente este hombre admirable. No hay tiempo ni espacio para dar aquí siquiera un esbozo de lo que fue su hazaña: larga, paciente e inagotable guerra de guerrillas, que sorprendió por igual a partidarios y adversarios; pero sí es necesario detenernos en sus consecuencias, tanto militares como políticas.

Todos los autores usan la voz "invicto" para calificar al caudillo en su lucha contra el realismo; misma que no puede aplicarse ni a Hidalgo ni a Morelos. Y, por supuesto, es correcta la atribución. Pero ¿el término "invicto" significa a la vez el de "vencedor"? Claro que no, y el caso de don Vicente nos convida a meditarlo. El guerrillero está perdido cuando rebasa la zona que es consustancial de su propia acción y cuando intenta operar en terreno que desconoce y en donde lo desconocen —al "Che" Guevara en Bolivia, por ejemplo, le fue hostil tanto la geografía como la gente—. Guerrero, ágil catador de situaciones, lo sabía, y por ello jamás cometió el error de salir de la zona del sur, dentro de unos límites que se ampliaban o estrechaban, de acuerdo con sus posibilidades de agresión o sus necesidades de repliegue. Pretender una ofensiva grande, llevar su hueste a una escalada y derramar la revolución más al norte de la frontera convencional que se había marcado, no le ocurrió nunca, pues fue consciente de que su fuerza estaba en sus dominios y su debilidad fuera de ellos. En este razonamiento, del que no se apartó, radica el secreto de su éxito. Pero también el de sus obvias limitaciones. Porque del lado contrario, ya que no se le podía destruir, la estrategia consistió en cercarlo y en bloquearle todas las posibles salidas. Y así, la zona de guerra llegó a estar tan localizada y tan marginada con respecto a los centros vitales del virreinato, que Apodaca, con fines de propaganda personal y para tranquilizar a la opinión pública, pudo darse el lujo de declararla, en ciertos momentos, inexistente, o casi.

Lucha interminable de desgaste, de estira y afloja, reducida territorialmente, con un caudillo que, siendo invicto, estaba imposibilitado de transformarse en vencedor: hacia la primavera de 1820, la guerra por la independencia de México había llegado a un callejón sin salida, a un punto muerto. Y fue entonces cuando, después de sacudir con violencia y despertar de su letargo a los



novohispanos que radicaban en la "zona leal al rey", cayó también sobre los campamentos rebeldes del sur, como una bomba, la noticia de que su majestad, Fernando VII, proclamaba: "Marchemos francamente, y yo el primero, por la senda constitucional."



Desde principios de 1814 el virrey Calleja había organizado una fuerte división militar, a la que denominó "Del Sur y rumbo de Acapulco", con la mira de recuperar este puerto, expulsar al congreso insurgente de Chilpancingo y limpiar de enemigos la comarca, desde el Mezcala hasta el litoral. El comando de dicha fuerza recayó en el coronel José Gabriel de Armijo, hombre de todas las confianzas de Calleja y su socio en más de un negocio turbio. Una serie continua de victorias, paralelas al hundimiento gradual de Morelos, acreditaron la fama de Armijo, a quien el virrey cubrió de honores, ascensos y premios en metálico. Lo ratificó en la comandancia del sur (con residencia, primero en Chilapa y luego en Teloloapan), amplió el distrito de su mando, subordinó a él a varios jefes de secciones que hasta entonces habían obrado con autonomía, dotó a su división de los mejores elementos y le permitió sacar provecho económico de la misma guerra. Más tarde, Juan Ruiz de Apodaca, sucesor de Calleja, confirmó el nombramiento y los poderes de Armijo, instándole,





como tarea primordial, a destruir a Guerrero y liquidar el último foco importante de la rebelión que aún subsistía.

Fue, pues, Armijo, el jefe realista de mayor graduación con el que Guerrero midió sus armas, en ese largo y fatigante duelo a que se ha hecho referencia líneas arriba. Al estabilizarse el frente y ante la impotencia de ambos rivales de vencer al contrario, se fue creando una curiosa situación de relaciones personales, de un lado a otro y entre tiroteo y tiroteo, al principio entre los individuos de tropa, después entre los oficiales y al último, vía epistolar, entre los más altos jefes. Surge así, mucho antes de la presencia de Iturbide en el sur, el clima propicio al diálogo y al entendimiento, para acentuar simpatías y borrar diferencias.

En realidad, la idea de que los dos enconados enemigos acabaran “abrazándose”, flotaba en el ambiente. El optimismo constitucional, con sus principios igualitarios y liberales, calentaba la concordia y enfriaba la discordia; y ello fue notorio a partir del mes de abril de 1820. De vez en vez lanzábanse globos de prueba con los lemas de “paz” y “unión”, y aumentaba el clamor de la urgencia de revisar las motivaciones de la guerra, pues empezaba a murmurarse que habían sido infladas por una pandilla de irresponsables afiliados al despotismo —la misma que derribó a Iturrigaray y toleró la tiranía del “visir” Calleja—, para dividir a los americanos y poder así dominar a todos. Era llegada la hora —se dijo y se

repitió hasta el cansancio— de que los combatientes envainaran sus espadas y no siguieran haciéndole el juego al grupo de absolutistas solapados, que sólo por táctica habían jurado una Constitución que detestaban.

El espíritu fraternal era la consigna dominante. Incluso, un lustro anterior al delirio constitucional de 1820, la condesa de Regla, aristócrata nada sospechosa de “populismo”, escribía a los esposos Iturrigaray, radicados en España, cosas como ésta: “Aquí todo es desolación, sangre y muerte. No se piensa en medios pacíficos para concluir una guerra exterminadora. . . No se quieren persuadir de que *esta guerra debe terminar con abrazos y no a balazos.*” E insistía en otra carta: “Siguen los males. La insurrección no calma; pero ¿crees que sea el fierro y la sangre lo que le ponga fin? No, amada Inés, esta llaga necesita de remedios suaves. Los males que provienen de la opinión se han de destruir fundando la contraria, y me parece que en el caso sería el modo mejor oír los motivos de la queja de tantos millares de hombres.” (Manuel Romero de Terreros, “La condesa escribe”, *Historia Mexicana*, vol. I, núm. 3, 1952.) Y si tal se decía en plena época del terror blanco, que fue la de Calleja, con mayor razón y mejores argumentos podía defenderse ahora tal pensamiento, cuando el viento constitucional limpiaba de miasmas despóticos la atmósfera, y cuando la palabra “libertad” (con o sin España) corría de boca en boca como santo y seña de una sociedad ansiosa de emociones nuevas. Y fue entonces, justo en ese momento de tránsito político, cuando don Vicente Guerrero se decidió a tomar la iniciativa.

Dijimos antes que al promediar el año de 1820 la guerra en el sur se había empantanado en una especie de *statu quo*. Ante la imposibilidad de sacarla de ahí con los recursos empleados hasta entonces, Guerrero asumió la responsabilidad de buscarle solución al problema por otros medios, radicalmente opuestos a los anteriores, riesgosos en grado sumo y de una audacia que no tiene parangón entre todas las audacias de ese tiempo. Para explicar este cambio de actitud, esta vuelta de manivela inserta en la instancia histórica del constitucionalismo de 1812, redivivo en 1820, obliga recordar la trayectoria ideológica del caudillo insurgente.

A lo largo de una década de lucha enconada, y de consuno con sus deberes militares, Guerrero fue aprendiendo, hasta dominarla por completo y defenderla con ardor, la doctrina de la revolución de 1810, perfeccionada y radicalizada, a partir de 1813, por Morelos y los congresistas de Chilpancingo. Se ha hecho lugar común afirmar que Guerrero, debido a su falta de escuela y a sus preferencias guerrilleras, no se ocupó casi de las cuestiones políticas, jurídicas e ideológicas. En el mejor de los casos se admite su adhesión pasiva y mecánica a los principios e instituciones discurridos por los “cerebros” de la revolución, sin aportar él ninguna idea ni gastar su tiempo en campañas cívicas ni en politizar a la gente





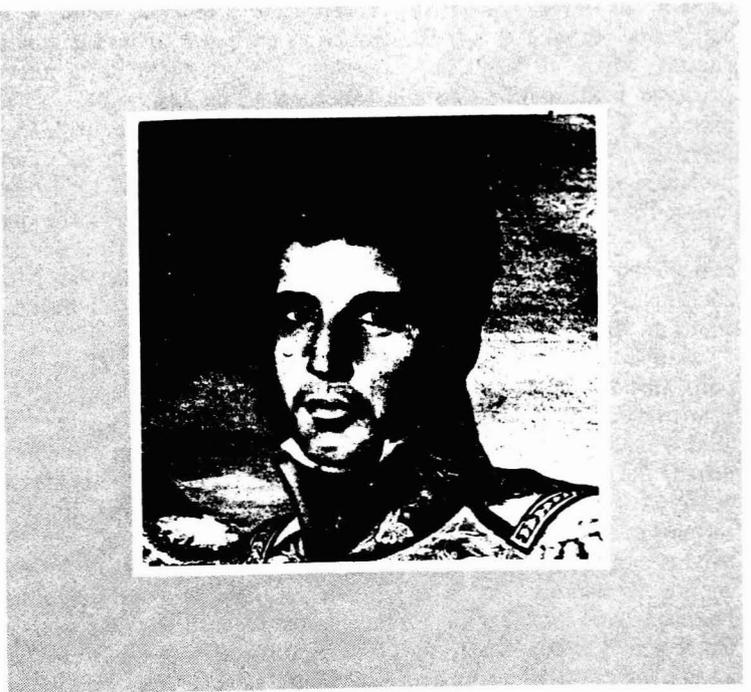
que lo obedecían...
pa...
nombre, en lo...
incorrecto, pero continu... y claro, glosa y... los puntos
medulares del pensamiento ideológico por el que lucha. Sustentaba
la tesis —no frecuente en los militares afortunados— de que las
causas se consolidan y se ganan, menos en el terreno de las armas
que en el de los principios. Defendió cuanto pudo, frente a las
ambiciones de varios de sus colegas, la autoridad legal y moral de
los Supremos Poderes electos en Apatzingán, de las Juntas de
Taretan y de Jaujilla, y de la escuálida y perseguida Junta de
Zárate, a la que dio cobijo, recursos y protección. Cuando Mier y
Terán disolvió brutalmente el Congreso, cerca de Tehuacán, Guer-
rero no sólo se negó a secundarlo, sino que protestó y rompió
con él. Creía —y predicaba con el ejemplo— en el gobierno civil,
no en el militarismo como sistema. E insistió repetidas veces en la
necesidad de prestigiar el movimiento, acatando las leyes que de él
emanaban, en especial el *Decreto constitucional* de Apatzingán.

Trasluce su fe en la democracia, en la igualdad social, en las
instituciones de origen popular. Un trozo de su proclama expedida
en el pueblo de Alcozauca, el 30 de septiembre de 1815, basta
para probarlo: "Tengo la gloria —dice a sus soldados— de haber
prestado juramento a la sabia Constitución del verdadero Supremo
Gobierno Americano, y esto mismo me pone en la obligación de
poner en las tablas del teatro universal de mi patria este papel, que
sólo se reduce a que los pueblos que tengo el honor de mandar,
sepan que en mi persona ni tienen jefe, ni superior, ni autoridad
ninguna, sino sólo un hermano, un siervo, un compañero y un
amigo, en quien seguramente deben de depositar sus sentimientos,
sus quejas y sus representaciones, las que veré con interés y las que
elevatoré a la Majestad [el Congreso], a fin de que se atiendan, como
lo requiere la justicia y la libertad jurada por los ciudadanos de
esta distinguida nación."

Supo rodearse, sobre todo al final de la década, de buenos
consejeros —de politicólogos, diríamos hoy—. Uno de ellos, que
después fue factor importante en sus delicadas negociaciones con
Iturbide, era el culto norteamericano H. Davis Bradburn, venido a
Nueva España en la expedición de Mina, que después de vagar
durante más de dos años, llegó a Carácuaro, el renombrado pueblo
del cura Morelos, donde a la sazón —julio de 1819— se hallaba
instalado el cuartel general de Guerrero. "Me recibió con mucho
gusto —dijo más tarde Bradburn a un amigo, en una interesante
carta que se conserva en el Archivo General—, manifestando lo
adicto que es a todos los oficiales que venimos con el señor Mina.
Sus ideas, muy liberales, bello carácter y una ciega adhesión por su
patria. Yo soy testigo de sus tareas y me atrevo a asegurar que no
hay ni ha habido otro jefe que trabaje por la patria como dicho
señor. Ver sus hojas de servicio y del modo que les ha hecho la

erra a los enemigos, ni el gran Morelos."
Tan firme era su "ciega adhesión" a la patria —entendida ésta
por la que habían imaginado los hombres de 1810 y de Chilpan-
cingo—, que Guerrero no perdía oportunidad para manifestar
públicamente el homenaje que le merecían los héroes caídos en
aras de ella, sobre todo tratándose de Morelos. Bradburn, en la
carta arriba citada, relata emocionado: "En fin, mi amigo, *éste es
el jefe que ha de dar la voz de la libertad*. Y para grabar más en
nuestros corazones las ideas de la libertad, tuvo a bien este señor
el disponer el día 24 de julio unas exequias en memoria del gran
Morelos; habiendo una gran vigilia, misa, oración fúnebre, sus
posas por las calles [y] salva de artillería, sirviendo de duelo el
señor general y oficialidad. Y quiso la suerte que esto fuera en el
mismo pueblo donde fue cura." Y actitudes como éstas las siguió
externando, porque las sentía y las creía, hasta 1820, cuando de
hecho él era el único jefe importante que mantenía viva la causa
de la insurgencia.

Viva, pero acorralada en las montañas del sur. Viva, pero sólo
para un sector de la población, y no ciertamente el mayoritario.
Viva, en fin, pero cada vez más eludida, por incómoda, de la
dialéctica política fundamental. Revisando la copiosa literatura de
la época, mucha de ella circunstancial —"flor de un día"—, pero
fomentadora y reflejadora de la opinión pública, sobre todo a raíz



de que la libertad de prensa permitió a muchos soltarse la lengua, se capta, sin lugar a dudas, que el tema de la guerra emancipadora había perdido actualidad. No era ya noticia. El viejo debate, *insurgencia / realismo*, quedó relegado a segundo plano por el nuevo, *constitucionalismo integral / constitucionalismo mediatizado*, que quitaba el sueño y polarizaba el interés de la sociedad. Claro que entre uno y otro se paseaba insinuante la señora *independencia*, pero ahora adornada de mil atuendos, algunos sumamente ingeniosos, menos con el gorro frigio de 1810.

A mediados de 1820, las posturas extremas eran las más contraindicadas, las que menor eco producían. Y extremas eran, tanto el pensamiento de Morelos como el absolutismo fernandista. Aferrarse a ellas equivalía, a más de ignorar la tónica del tiempo que se vivía, a congelarse, a aislarse de la gran cuestión, casi a la muerte civil. Los intransigentes —¿y pudo haber uno más declarado que Fernando VII?—, precisamente para poder flotar y no sumergirse, no tuvieron ya, en consecuencia, otra opción que la misma del rey: “marchar unidos por la senda constitucional”. Pero ¿esa senda llevaba a una meta única? Los más perspicaces anticiparon la negativa por respuesta.

Vicente Guerrero, desde su campamento en la sierra de Jaliaca, donde, como se ha dicho, contaba ya con los servicios de varios expertos en política, con una secretaría decente, un equipo de informantes y un suministro cotidiano de impresos de la capital, después de darle vueltas y revueltas al problema, llegó a la conclusión de que si seguía insistiendo en llevar su insurgencia a cuestras, corría el riesgo de marginarse por completo de la nueva situación surgida del sismo constitucional y, de sus resultados, verse privado, a la hora en que ocurriera, del “reparto de utilidades políticas”, previsible desde el momento en que la Carta de Cádiz declaraba iguales, en derechos y oportunidades, a todos los ciudadanos, fuesen europeos o americanos. Y no aislarse significaba que tenía que obrar, pero ahora en forma distinta, apartándose del radicalismo que lo confinaba y obstruía su libertad de acción, para adoptar una línea más dúctil que le permitiera llegar al bastión enemigo. Así lo hizo.

El plan de Guerrero fue tan insólito como atinado. A base de puro sentido común y de tomarle bien el pulso a la situación, su razonamiento debió haber sido, más o menos, como sigue: “supuesto que la fiebre constitucional ha dividido todas las opiniones dentro del sistema, las fuerzas en que se apoya éste también se dividirán y una facción luchará contra la otra. Esa pugna, todavía sofrenada, hay que precipitarla, y soplar al oído de uno de los bandos —naturalmente, al más liberalizado— el consejo de que adopte la bandera de la independencia, *no sólo del yugo de Fernando sino aun del de los españoles constitucionales*; ventaja ideológica y psicológica que le asegurará el triunfo sobre su adversario”. A este plan, que cabalmente se realizó, la historia le



ha dado un nombre: *Iguala*; que, como veremos en seguida, no se origina en La Profesa ni en la mente de Iturbide, sino en la muy lúcida del “rústico” Vicente Guerrero.

Tan sorprendente afirmación, que hace girar en muchos grados la imagen histórica tradicional de Guerrero y la raíz misma del movimiento de Iguala, se apoya en una serie de documentos, coetáneos y de autenticidad inobjetable, preservados en el Archivo General de la Nación, volumen 83 del ramo *Operaciones de Guerra*, fojas 269 a 294, que contiene la correspondencia oficial del coronel realista y comandante de la “División del Sur y rumbo de Acapulco”, José Gabriel de Armijo. Las dos piezas básicas de este lote no son inéditas. Fueron publicadas por nuestro amigo Abraham López Lara, bajo el título “Una carta reveladora de don Vicente Guerrero”, en el suplemento cultural de *Excelsior* (22 de septiembre de 1968); y aunque el autor llamó la atención sobre su novedad historiográfica, pasó casi inadvertida, como no es raro que ocurra en nuestro medio, de los estudiosos y del público en general. Esperamos que el refuerzo que le damos ahora, corra con mejor fortuna.

Entrando ya en materia, diremos que desde 1819 el virrey Apodaca venía insistiendo en mantener un contacto con Guerrero, para forzarlo a indultarse. La postura inquebrantable del caudillo, es muy sabido, hizo fracasar aquel intento. Pero el conde del

Venadito insistió, y en 1820, con el remolino constitucional sobre su cabeza, dio el imprudente paso de acercarse a Guerrero por una vía secreta, dirigida personalmente por él, sin interrumpir la oficial, que se hacía a través del comando de Armijo.

Guerrero no tardó en advertir las contradicciones en que caía el virrey. De un lado, Armijo, diciendo cumplir órdenes de México, le ofrecía el indulto, ciñéndolo a las especificaciones que obraban en los bandos respectivos. De otro, Venadito, por intermediarios o mensajeros de su absoluta confianza, le pedía la sumisión (forma camuflada del indulto), pero en condiciones tan munificentes y atractivas, y tan desproporcionadas para lo que en esos casos se estilaba, que el caudillo no pudo menos que suponer que algo raro estaba ocurriendo en México. Desde luego, un doble juego, y un desacuerdo manifiesto entre el virrey y su comandante del sur. La suprema autoridad empezaba a dar muestras de inseguridad, de desconfianza hacia los militares, de que no las tenía todas consigo. Por su parte, en los cuarteles realistas se intuían las maniobras secretas del virrey, porque los intermediarios llegaron a ser muy conocidos: uno de ellos, el párroco Epigmenio de la Piedra; otro, el padre mismo de Guerrero, a quien Apodaca sobornó con largueza para interesarlo en esa delicada comisión.

Misterios aparte, lo que en realidad ocurría y se palpaba sin mucha dificultad, era que la estructura del viejo régimen se estaba resquebrajando. La maquinaria no funcionaba ya como en los tiempos de Calleja, porque los engranes empezaban a desajustarse. De virrey abajo, todos recelaban de todos. Y el propio Apodaca, que se acostaba constitucional exaltado y se levantaba constitucional vergonzante, vivía con el temor de que le ocurriera lo que a Iturrigaray —como a su debido tiempo le ocurrió—. Ello explica en parte el carácter de su “diplomacia” en el sur, de la que el único beneficiado podía ser Guerrero, si se manejaba con astucia.

Dándose cuenta, en un rápido golpe de vista, de que el gobierno de México se debilitaba al perder confianza en sí mismo y en las fuerzas que lo sostenían, Guerrero decidió entonces “seducir” al más vulnerable de los cuerpos —por conocido y por vecino— en que se apoyaba el régimen. Tengo para mí, que su primer objetivo fue Armijo. La alta graduación que ostentaba, el considerable número de tropa a su mando, y la fama de que gozaba desde 1814 en el sur, lo hacían el candidato ideal para “voltearse” con el ejército y proclamar, junto con el seductor, la independencia. Luego diremos en qué basamos tal conjetura. Pero Armijo, fiel al sistema y falto de imaginación, dejó escapar la oportunidad de su vida. Visto lo cual, Guerrero, sin desanimarse, dirigió sus baterías al coronel Carlos Moya, subordinado de Armijo y jefe de una sección con cuartel en Chilpancingo, que más de una vez había medido sus armas con las de don Vicente.

Después de algunos sondeos a través de intermediarios, Guerrero le escribió una carta a Moya, el 17 de agosto de 1820, “sobre la



marcha” (se encuentra a fojas 275-76 del citado volumen), cuyos texto y contexto son suficientes para otorgarle a don Vicente el crédito de, digamos, *inventor de la consumación de la independencia*. (Inventar: “hallar una cosa nueva”, “crear por medio de la imaginación”.) Véase si no:

“Como considero a V.S. bien instruido en la revolución de los liberales de la Península —dice Guerrero a Moya, luego de algunos prolegómenos y frases corteses—, aquellos discípulos del gran Porlier, Quiroga, Arco-Agüero, Riego y sus compañeros, no me explayaré sobre esto, y sí paso a manifestarle que *éste es el tiempo más precioso para que los hijos de este suelo mexicano, así legítimos como adoptivos, tomen aquel modelo, para ser independientes no sólo del yugo de Fernando, sino aun del de los españoles constitucionales.*” (Aquí está una de las garantías del plan de Iguala, la “unión”; en cuanto al “yugo de Fernando”, se entiende en su papel de rey de España e Indias, mas si el borbón acepta el trono de México, es obvio que también él, el rey, se ha independizado de su metrópoli.) Continúa Guerrero: “Sí, señor don Carlos, la mayor gloria de Guerrero fuera ver a V.S. decidido por el partido de la causa mexicana y que tuviera yo el honor de verlo, no de coronel de las tropas españolas (en donde se tienen muchos rivales), sino con la banda de un Capitán General de las americanas, *para decir por todo el orbe que yo tenía un jefe,*



padre de mi afligida patria, un libertador de mis conciudadanos y un director que con sus realzadas luces y pericia supiera guiarnos por la senda de la felicidad. Mi amigo, esté V.S. satisfecho, que a muy pocos o ninguno he tenido el comedimiento de franquearles lo que ahora hago a V.S., asegurándole que cualesquiera cosa que bajo mi firma le propongo, es un sello con que a toda costa sabré dar el lleno a lo que digo. En este concepto, siempre que V.S. quisiera abrazar mi partido y trabajar por la libertad mexicana, no como subalterno mío, sino como mi jefe, sabría yo ponerle a su disposición cualesquiera número de tropa y armas para el efecto, advirtiéndole que las que tengo el honor de mandar son con alguna mediana disciplina y orden, y que saben estos soldados caminar treinta o cuarenta leguas diarias, sin oírlos decir que tienen hambre o quieren prest, pues son soldados decididos.” (Como uno de los personajes de Pirandello “en busca de autor”, aquí Guerrero anda “en busca de libertador”, ofreciéndole militar como su subordinado. Más adelante ampliaremos la explicación de este punto.) Sigue: “Conque vamos, señor don Carlos, decida V.S. a imitar a aquellos grandes hombres españoles, pues es una obligación con que todos los hombres nacemos la de salvar nuestra patria, así legítima como adoptiva. . . Esa alma grande que tiene V.S., ¿para cuándo es, si no para ahora? Sin embargo, que el sostenerse en la distinguida carrera de las armas con el carácter debido es propio de los



militares. . . , cuando se trata de la libertad de un suelo oprimido, es acción liberal en el que se decide a variar de sistema, más cuando supongo que no ignorará V.S. el rompimiento que entre liberales y realistas yace en la Península y aun se prepara en este Hemisferio. En esta virtud, mi amigo, nuestra patria es preferente a todo derecho, cuya gloria hace a los hombres inmortales en las futuras generaciones.” (Aparte de mostrar un conocimiento exacto de la situación de España, pues era evidente que los absolutistas no descansarían hasta derribar al gobierno liberal, como en efecto ocurrió en 1823, aquí Guerrero sustenta la tesis de que es legítimo el pronunciamiento de un ejército, cuando se trata “de liberar a un suelo oprimido”, y también lo es el derecho de “variar de sistema”, siempre que la mudanza opere de la tiranía a la libertad, y no al revés.) Finalmente, si en párrafos anteriores Guerrero diseñó el papel que desempeñaría Iturbide, al último prefigura, con raro acierto, a O’Donojú, aunque con otro nombre, pues en rigor al suriano no le interesan las personas, sino las actitudes políticas e históricas que asumirán: “Mis confidentes —termina diciendo a Moya—, así de México como de Ultramar, me aseguran que en octubre próximo debe arribar a la corte mexicana el Excmo. Sr. Capitán General de Navarra, don Francisco Espoz y Mina, a suceder al Venadito. El primero, sé que conserva cierto resentimiento con los realistas (ignora cuál sea la causa), y puede ser que nos resulten algunas ventajas.”

Todo esto dicho, con tal penetración y claridad, el 17 de agosto de 1820, ¡a seis meses del plan de Iguala y a doce de los tratados de Córdoba! Los sahumadores de mitos y creadores de esquemas ideales, que cuentan la historia como quisieran que hubiera sido y no como en realidad fue, se escandalizarán con esta carta de Guerrero, porque ella no embona ni con el “Grito” de Dolores ni con el Congreso de Chilpancingo. Claro que no, pues fue escrita en 1820, y no en 1810 ni en 1813. Y su autor vivía la tremenda realidad de su momento, y no la idealidad de siete o diez años atrás. El buen político, en horas comprometidas, para salvar lo más, tiene que sacrificar lo menos. Y eso es lo que pensó y planeó Guerrero: lo más era la independencia. ¿Cómo? A cualquier precio. ¿Cuál? El estipulado en la carta a Moya.

Ni ideológica ni militarmente se hallaba Guerrero, hacia mediados de 1820, en situación de ventaja como para pretender llegar a México, a la cabeza del ejército insurgente y con Hidalgo y Morelos, en espíritu, acompañándolo. Eso era un sueño, hermoso y deseable, pero irrealizable. Lo que a su alrededor veía era la euforia, de casi todos, por la Constitución de Cádiz, no por la de Apatzingán. Lo que él sabía era que sus guerrillas y las de su compadre Pedro Ascencio, podían no ser vencidas, nunca; pero también sabía, pues era un verdadero sabio, que por sí mismas nunca podrían conquistar la ciudad de México ni plantar en el palacio de los virreyes la bandera azul y blanca diseñada por





Morelos: más aún, en cinco años, no habían podido tomar, ya no se diga Cuernavaca o Acapulco, extremos de la tierra caliente, pero ni siquiera las modestas poblaciones de Teloloapan (cuartel de Armijo) o Chilpancingo (cuartel de Moya). Tal realidad, que era la que él confrontaba y padecía —y que es la que no confrontan, ni mucho menos padecen, los oradores de siglo y medio después, haciéndole ascos a la solución de 1821—, es la que lo proyectó, lúcida, sensata, práctica y patrióticamente, a dar el gran viraje expuesto en la invitación a Moya y reiterado más tarde a Iturbide.

¿Subordinarse a un odiado jefe realista? ¿Entregar la revolución a las manos de un Lutero cualquiera del siglo XIX? Depende del afoque y del sincronismo —o anacronismo— con que se mire el asunto. Lo que no tiene pierde, es que Guerrero lo vio bien y afocó certeramente a su objetivo. Su sola fuerza, de cuatro a cinco mil hombres como máximo, excesivamente regionalizada, no podía acometer tamaña empresa. Para que ésta adquiriera las proporciones de un movimiento nacional, era indispensable que treinta o treinta y cinco mil soldados realistas se sumaran —recuérdese que desde 1810 se habían restado, y que a lo largo de la lucha, varios jefes insurgentes, Rayón, Morelos, el doctor Cos, exhortaron inútilmente a las tropas virreinales a desertar y a pasarse de su lado—, mudando de partido, al llamado de un jefe de los suyos; y este jefe tendría que ser, lógicamente, el mismo que los condujera hasta la victoria, por el nuevo camino que habían adoptado. La

argucia de Guerrero consistió precisamente en que tal cosa ocurriera: que el ejército realista —o buena parte de él— se pronunciara contra el gobierno de México a la voz de “independencia”. No por blandengue humildad ni en un acto de cursi renunciación consintió —él mismo lo propuso— en ocupar un lugar secundario y subsidiario. Lo hizo a sabiendas, como lo más indicado, como el único recurso táctico —y psicológico— que podía llevar a su grupo al triunfo, aunque éste fuese compartido; más aún, aunque fuese desproporcionadamente compartido. Los que no advierten que para Guerrero y los suyos, en la crítica coyuntura de 1820-21, cualquier abertura significaba ganancia y no pérdida, es porque simplemente ignoran la circunstancia militar, social y política, especialísima, de ese momento.

Guerrero, y con él toda la insurgencia originada en el “Grito” de Hidalgo se reservaban, para un futuro inmediato, el derecho de recuperar la dirección del mando y el de imponer su propia ideología. Por lo pronto, y con tal de obtener la independencia, replegaron sus velas. Como en los ferrocarriles de montaña, para que el tren avance un trecho largo, tiene que retroceder en zigzag otro menor. Eso fue, ni más ni menos, lo que hicieron ellos; con tan buen cálculo, que apenas tres años después de la entrada del trigarante en México, el plan de Iguala y los tratados de Córdoba eran letra muerta, Iturbide estaba bajo tierra, se adoptaba la forma de gobierno republicana, federal y popular, y un antiguo insurgente, don Guadalupe Victoria, era electo primer presidente de los Estados Unidos Mexicanos. Guerrero vivió para ser testigo de cambio tan radical y para congratularse de su acierto de 1820: sin la independencia que él “inventó” y que más tarde jefaturó Iturbide, hubiera sido muy problemático lograr las conquistas de 1824, pues éstas eran sólo la “manera de ser”, mientras aquella era el “ser”.



El proceso histórico de la consumación de la independencia es endemoniadamente complicado, por los numerosos y heterogéneos factores que intervienen en ella. Además, por el carácter de reservadas y secretas que tuvieron muchas de sus negociaciones y confabulaciones; y también por el silencio que, con posterioridad al suceso, guardaron los principales protagonistas, quizá porque, a fin de cuentas, el resultado —o lo que se pensaba obtener con el resultado— satisfizo a muy pocos. El hallazgo de nuevos testimonios, la relectura de los ya conocidos y un análisis más detenido y malicioso de la época y de algunas figuras claves, van aclarándonos situaciones y actitudes, aunque no tantas como deseáramos.

Por ejemplo, meditemos un poco en torno a Venadito. Todo en él, desde que recibe la noticia del triunfo de los liberales, hasta su regreso a España, y más todavía, hasta su muerte, es desconcertante. Ya nuestro sabio amigo, Antonio Martínez Báez, ha sugerido, no sin agudeza, que el triángulo del 21, Guerrero-Iturbide-O'Dono-





jú, debe ampliarse a cuadrilátero, incluyendo el nombre de Apodaca. Las dudas que este virrey suscita, brotan a montón. ¿Trabajó para afianzar el régimen constitucional o para sabotearlo? ¿Le preparaba el terreno a Fernando VII para que éste restaurara el absolutismo en la Nueva España? ¿Participó en la confabulación de La Profesa? ¿Temía que los ultras anticonstitucionalistas, resentidos con él por haber jurado la Carta de Cádiz, lo arrojaran del poder, como a Iturrigaray en 1808? ¿Veía en Guerrero un posible auxiliar, y por eso se mantuvo en contacto secreto con él? ¿Por qué, al enterarse de la carta de Guerrero a Moya no se alarmó y la vio más bien como cosa natural? ¿Conoció oportunamente el plan de Iguala, y no hizo nada para impedir su lanzamiento? ¿Cuáles fueron sus nexos secretos con Iturbide? Estas y otras interrogantes merecen un cuidado especial de los investigadores. Aquí, y ya para terminar, diremos algo de la forma en que el virrey condujo los asuntos del sur.

Moya, desde luego, rechazó, aunque no airadamente, la propuesta de Guerrero; informó a Armijo y éste a Venadito, quien insistió en que no se rompiera el contacto con el rebelde. Seguro de que complacía a su superior, Armijo no perdía la paciencia instando a Guerrero, una y otra vez, a someterse al indulto. Pero todo tiene un límite, y el 23 de septiembre escribió, furioso, al virrey: "Los emisarios que he mandado al malvado cabecilla Guerrero y otros, han vuelto, informándome que, obstinados, rehusan el bien que se les propuso. . . siendo lo que pretenden la independencia de estos dominios." Y pidió refuerzos para lanzar una ofensiva exterminadora.

Guerrero jugaba con Armijo como el gato con el ratón, pues sabía que Apodaca no le informaba de sus relaciones con él, siendo el propio Armijo el primer indicado para conocerlas y obrar en consecuencia. Cada vez más osado, el 25 de septiembre, Guerrero escribió una larga carta a Armijo, en la que sustancialmente le hacía la misma oferta que un mes antes a Moya. Por desgracia la carta se ha perdido, mas se deduce su texto por el oficio de Armijo al virrey, fechado el 27, en que habla de ella y además se la adjunta. Y truena contra "aquel audaz y desagradecido cabecilla" y de "los asesinos que acaudilla".

Armijo se extrañaba de que su léxico, marcial, belicoso y propio del tono usado hasta entonces para tratar y calificar a los rebeldes, no impresionara a Venadito. En sus respuestas, éste parecía encubrir una cierta condescendencia para con el guerrillero, y un rechazo a los epítetos injuriosos que se le endilgaban. Pero no se trataba de una cuestión de estilo literario, sino de fondo político: Apodaca, a espaldas de Armijo, seguía relacionándose con Guerrero. ¿Sobre qué bases? Lo ignoramos; pero no eran, desde luego, las que esgrimía el comandante realista del sur. Lo cierto es que Armijo se llevó el sofocón de su vida, al abrir y leer el despacho de su excelencia, de 29 de septiembre, "ejecutivo reserva-

do", en el que respondiendo al suyo del 23, le decía, "que habiendo por otros conductos ocurrido a mí Guerrero y varios de los que están con él, a los cuales he contestado con arreglo a las reales órdenes de la materia, esté V.S. puramente a la defensiva y observación de sus movimientos, avisándome cuanto ocurra, que yo ordenaré a V.S. lo que deba ejecutarse, según el resultado de sus comunicaciones".

¿Qué se traía entre manos Venadito? Misterio, aunque no tanto que no dejara traslucir que su fiel Armijo le estorbaba, y que Guerrero, de cuyo plan de independencia —la carta a Moya— poseía copia, era objeto de sus meditaciones políticas preferentes.

Si a lo anterior agregamos que en la capital y en esos momentos (septiembre-octubre de 1820) ocurrían las cosas más extrañas, nada tiene de raro que muchos predijeran el fin cercano del virreinato. La gritería de la prensa, libre como nunca; las cábalas en La Profesa, de donde los señores canónigos y letrados se dirigían a Palacio a "cumplimentar" a su excelencia; las frecuentes y animadas fiestas de la preciosa y libérrima "Güera" Rodríguez, con un asiduo y elegante invitado, el coronel Agustín de Iturbide, recién salido de largo ostracismo social; las idas y venidas de Palacio a la sierra de Jaliaca, del inocente cura Epigmenio de la Piedra, que trajina los caminos del sur echando bendiciones y repartiendo estampitas del "Señor de Chalma"; los discursos tronantes de los diputados americanos en las cortes de Madrid, cuyos textos se reimprimen en México y se vocean por las calles, etcétera. Todo convidaba al rumor, a la estrategia política de café, a la crítica despiadada, a vivir en vilo, a despertarse con una noticia gorda, a esperar lo inesperado.

Sobre tal fondo, se explican bien —por ambivalentes, como la situación que imperaba— dos decisiones de enorme trascendencia adoptadas por el virrey en el mes de octubre. Una, aceptar la renuncia, "por razones de salud", de José Gabriel de Armijo a la Comandancia del Sur. La otra, concederle una audiencia especial, en Palacio, al coronel Iturbide.

El final es demasiado conocido, Iturbide marchó en noviembre hacia su cuartel en Teloloapan. Desde su atalaya, Guerrero lo vio venir hacia él; era indudable que traía copia de su carta de agosto a Moya, corregida y aumentada. Hubo varias escaramuzas, y en una todavía alcanzó a lucirse el bravío Pedro Ascencio. Empeño inútil, porque Iturbide traía en el bolsillo la copia de la carta a Moya, y porque, como lo había dicho la condesa de Regla, esta guerra debía terminar con abrazos en lugar de balazos. Tenía razón: empezaron las cartas, los mensajeros, los confidentes —por ahí andaban Bradburn y el buen don Epigmenio—, los asesores de uno y otro lado, el forcejeo y el regateo, hasta que al fin se llegó al ansiado arreglo. Aquello fue —dice Ralph Roeder en certera frase— "el connubio de dos debilidades, y la simbiosis se llamó el plan de Iguala".